

Lectura del primer capítulo: **OJALÁ ESTUVIERAS AQUÍ**

Contigo en un iglú

París quedaba ya lejos. Aunque apenas hacía unos minutos que había despegado de Charles de Gaulle, las nubes que envolvían el Airbus 319 me hacían sentir en una especie de limbo: un lugar etéreo donde sólo tienen cabida los recuerdos y los sueños.

Después de todo lo sucedido aquellas últimas semanas, me resultaba extraño regresar a casa. Temía encontrarme como Charlton Heston al final de *El planeta de los simios*, cuando descubre la estatua de la libertad enterrada en la arena. El último vestigio de un pasado al que ya no puede regresar.

Porque, ¿es posible volver a ser quien eras cuando todo se ha derrumbado a tu alrededor?

Al cerrar los ojos me pareció que las nubes penetraban en mi interior, difuminando los últimos destellos de conciencia. Antes de dejarme vencer por el sueño, vislumbré una escena largamente olvidada: mi primer escaqueo en el difícil oficio de amar. Me resistí al sopor, dispuesto a ser espectador de mi propia love story. Dicen que el pasado explica el presente y determina el futuro. Empecé a visionar la película de mis catástrofes sentimentales en busca de pistas para entender lo que acababa de vivir.

Yo tenía entonces quince años y no me había enamorado nunca. Ni siquiera imaginaba que algo así pudiera sucederme. Vivía al margen de mis compañeros, que me repudiaban por vestir pulcramente y llevar los deberes al día. Cuando pasaba junto a un grupo de chicos que compartían tabaco y confidencias sexuales -la mayoría inventadas-, las voces callaban hasta que yo pasaba de largo, o bien recibía una lluvia de insultos.

Las chicas eran para mí un mundo lejano y peligroso. Me repelían sus labios pintados, su desagradable costumbre de mascar chicle y los perfumes de imitación que se entremezclaban en el aula de manera ofensiva. Tampoco entendía la metamorfosis que habían experimentado aquellos cuerpos: de un año para otro, parecían haberse dotado de poderosas curvas con las que desafiaban a todo el sector masculino.

Tenía curiosidad, eso sí. Me intrigaba saber si aquellas redondeces eran reales o sólo eran producto de unas espumillas hábilmente colocadas para atizar la imaginación.

En una de las pocas fiestas a las que fui invitado por aquella época, una tal Ruth -la vampiresa de la clase- me pidió al oído que saliera al jardín discretamente, que ella se escabulliría del grupo para reunirse conmigo.

Hice lo que me pedía. Era una noche excepcionalmente fría para el clima templado de Barcelona, y mi chaqueta colgaba en el recibidor de aquella planta baja. No podía ir a buscarla sin llamar la atención de los demás, que bailaban, bebían y fumaban como si aquella fuera la última noche del mundo. Por lo tanto, aguardé helado a que ella acudiera. No tenía ni idea de qué haría entonces -ni siquiera sabía cómo se ponía la lengua en un beso-, sólo era consciente de que iba a suceder algo importante.

Lo que sucedió fue que la voluptuosa Ruth nunca llegó. Tras un cuarto de hora temblando en el jardín, protegido sólo por un fino jersey de lana, regresé al salón sin entender nada.

Allí me esperaban, en impaciente silencio, la totalidad de los invitados a la fiesta, capitaneados por la que me había dado cita en el jardín. Me recibieron con una carcajada humillante que no olvidaría nunca.

Tras aquella noche no quise saber más de las chicas. Las rehuía deliberadamente y me sentía fuerte por ello. Hasta que, un año después, apareció una para la que no estaba vacunado.

Me encontraba en la biblioteca de la escuela, preparando los exámenes del primer trimestre, cuando el restallido de una gruesa carpeta sobre la madera me sobresaltó. Aunque la larga mesa estaba vacía, así como la mayor parte del recinto, una de las nuevas de aquel curso había decidido sentarse a mi lado.

La miré de reojo mientras pretendía repasar unos apuntes de lengua española. Por aquel entonces no sabía que un hombre nunca escoge, sino que es escogido, y Sonia -aquel era su nombre- me había elegido para pasar una dura prueba.

Hasta entonces no había reparado en ella. Era más bien gruesa, con ojos pequeños y brillantes, y un peinado corto e irregular que le daba un toque extravagante.

-Qué asco de lista -exclamó al verme subrayar con el lápiz una columna de adjetivos.

Intimidado, clavé mi mirada en el papel sin saber qué decir. Pero Sonia volvió a la carga:

-Hay palabras que deberían ser nominadas, ¿no crees?

-¿Nominadas? ¿Qué quieres decir con eso?

-Expulsadas del diccionario, como los pardillos que van a concursos de la tele.

Aquello me gustó. Más que el comentario en sí, me fascinaba la seguridad con la que ella se expresaba.

-¿Y qué palabras expulsarías? -me atreví a preguntar.

-Se ha hecho una encuesta entre alumnos de bachillerato y las candidatas a irse son engendros como "indeleble", "crisol" o "inconmensurable". También palabras apolilladas como "alféizar" o "argéteo".

-Apunta "retruécano" en la lista -añadí, divertido, mientras tachaba la palabra de mis propios apuntes-, así como "fagocitar" y "enjuiciamiento".

-Sí, a la mierda con ellas -repuso Sonia llevándose un cigarrillo a la boca-. ¿Me acompañas fuera a fumar?

Así empezó el primer romance verdaderamente catastrófico de mi vida. Fascinado con la idea de que una chica con personalidad -aunque no entrara en el canon estético general- se hubiera fijado en mí, mi imaginación no tardó en ponerla en un pedestal. Justo entonces ella se cansó de mí.

De repente me evitaba y yo no entendía por qué. Cuanto mayor era mi gentileza hacia Sonia, más parecía rechazarme. Y con ello mi amor se hinchaba como un globo, elevándose hacia cotas de dolor nunca antes imaginadas.

Totalmente desolado, llegué a despertar la compasión de los bravucones que hasta entonces habían hecho escarnio de mí.

-Pasa de ese saco de patatas -me aconsejaba uno de ellos-. ¿No ves que está jugando contigo? Tírale los tejos a una que esté cañón.

-Sería incapaz de hacerlo -repuse enfermizamente enamorado-. Además, ¿cómo quieres que me haga caso una chica cañón si el saco de patatas me desprecia?

-Ahí es dónde te equivocas. Como las feas están llamadas a tener pocos rollos, son quisquillosas y conservadoras a la hora de escoger. En cambio, las chicas cañón disfrutaban de su éxito y no les importa pegarse el lote con un tontainas como tú. Van todo el día de safari a ver lo que pillan.

A mí todo aquello me superaba, pero lo cierto es que permanecí fielmente enamorado de Sonia durante el curso entero. Me trataba con demoledora indiferencia mientras se dejaba seducir por los más brutos de la clase. Y yo seguía sin entender nada.

La tercera chica fue mi primera amiga, aunque tardaría una década en darme cuenta. Yo había cumplido los diecisiete y me había labrado cierta reputación como asistente de vagos y de mentes obtusas. Mientras se acercaban las fechas para los exámenes de ingreso a la universidad, pasaba las horas libres aclarando conceptos de física o matemáticas a los mismos que se habían burlado de mí dos años antes.

«Daniel es un tipo genial», decían, pero mi persona no parecía despertar la misma admiración y solidaridad entre las chicas, que me seguían tratando como a un bulto.

Y entonces llegó Helena. Era la hermana de uno de mis «protegidos», un pobre diablo que luchaba por aprobar el bachillerato porque su padre le había prometido una motocicleta de nueve mil euros si lo lograba.

La conocí un día que había acudido a su casa para pasarle mis apuntes, que su hermano fotocopiaba cansinamente en el escáner de su habitación.

Al ser presentado, ella me dio dos besos muy fuertes, tan cerca de la comisura de los labios que casi vi cumplido mi anhelo de besar a una chica antes de alcanzar los dieciocho. Luego sonrió.

Enseguida intuí que se avecinaban problemas.

Helena poseía una belleza sencilla que me desarmaba. No se pintaba, como el resto de chicas, y su pelo conservaba el color castaño natural. Media melena que encuadraba una expresión entre adormecida y risueña. Como su hermano, no se aplicaba en los estudios.

Aunque tenía dos años más que yo, pronto extendí las clases gratuitas a ella, que estudiaba pri-

mero de Psicología y no podía con la asignatura de Estadística. Para impresionarla, me empollaba aquel temario absurdo un día tras otro. Todo por poder estar a su lado.

Obtuso también para esto, su hermano no parecía percatarse de nada.

Al terminar las clases particulares con ella no recibía más besos -estos llegaban al entrar, pero ya más lejos de mis labios-, sino que me agradecía el esfuerzo acercándose la palma de la mano al pecho. Luego decía algo como:

-Te lo agradezco de todo corazón.

La amaba y trataba de demostrárselo de todas las formas posibles. Le regalaba novelas, traía té aromatizados, le grababa discos y películas de culto.

-Eres un cielo -decía.

Y mientras tanto iba cayendo un lígüe tras otro, pero yo estaba siempre fuera de la lista.

Una tarde de invierno que ella estaba en mi habitación ya no pude contenerme. Se había producido un corte en el suministro de gas y Sonia hizo el gesto de abrazarse de frío. Le di uno de mis jerseys y, al vérselo puesto, me sentí ridículamente orgulloso. Preso de una extraña y agradable intimidad, era como si en aquella prenda que cubría su cuerpo estuviera un poco yo.

Entonces me declaré.

Me había costado un año decidirme, y el esfuerzo me valió una severa amonestación.

-Por favor, Daniel, no digas estas cosas. Somos amigos, ¿no?

-Y seguiremos siéndolo -argumenté-, pero no puedo conformarme sólo con eso. Quiero que seas mi novia. Para siempre.

Estas últimas dos palabras lo acabaron de mandar todo al garete.

Conocí a la que estuvo a punto de ser mi esposa cinco años después, ya que hasta entonces había permanecido enamorado de Helena, por absurdo que pueda parecer.

Por aquel tiempo ya era arquitecto y el trabajo funcionaba como un narcótico que me tenía a

salvo de los devaneos del corazón. Pero hay una llave para cada cerrojo, y la mía fue una chica de familia bien que pasaba por una fase metafísica.

La conocí en un café de San Gervasio frecuentado por barbies de una cercana agencia de modelos y publicistas melenudos con aire autosuficiente. Las paredes estaban cubiertas con fotografías antiguas de estaciones de esquí. Un detalle que confería al local un aire demodé muy propio de la zona alta.

Yo tenía una cita allí con un cliente que al final no se presentaría. Enfurrñado por la espera, pedí un segundo té mientras leía la cartelera de películas en el periódico. Como si se hubieran puesto todos de acuerdo, a los cinco minutos el café se vació de modelos y fantasmones. Entonces la vi.

Era una damisela de belleza frágil -se notaba que había crecido bajo el ala de un patriarca protector- y expresión reconcentrada. Estaba sola en una mesa y tenía la mirada fija en una de aquellas viejas fotografías.

Antes de que yo volviera al periódico, suspiró:

-El silencio de la nieve.

Parecía el título de una película europea de bajo presupuesto. Hice ver que no había oído nada, pero ella volvió a hablar:

-¿No te gusta?

Estaba claro que se dirigía a mí. Y esperaba algún tipo de respuesta. Representando el rol de padre dominguero, que levanta la mirada del periódico para atender las bobadas de su hija, respondí:

-¿El qué?

-El silencio de la nieve. Quiero decir: uno puede saber si llueve al oír cómo caen las gotas al suelo. Pero cuando caen copos de nieve no se oye nada. ¿No es maravilloso? Es como si a la vida le hubieran quitado el sonido.

Esa reflexión algo infantil despertó en mí la curiosidad por aquella resabiada, que concluyó:

-A mí el silencio me parece lo más elocuente del mundo.

«Entonces, ¿por qué no te callas?», hubiera estado bien decirle eso. Pero empezaba a interesarme por Desirée, que acabó sentándose a mi mesa para proseguir aquella charla surrealista. Antes de despedirse, anotó su correo electrónico en una servilleta de papel. Y yo hice lo propio.

Una semana más tarde me mandó un mensaje desde Canadá:

"Querido Daniel,

Todo es blanco a mi alrededor. Cuando veo caer los copos, recuerdo lo que te decía en el café: la nieve es un fenómeno óptico y táctil, quizás, pero a diferencia de la lluvia no se oye. Por eso la nieve es más metafísica, más intelectual.

Un beso silencioso,

Desirée"

La lectura de este correo electrónico me provocó tal ataque de risa que de repente me sentí juguetero. Cometí el error de pensar que podía meterme en su terreno y salir ileso.

Dispuesto a tomarle el pelo a mi etérea amiga, le respondí a continuación:

"Querida Desirée,

Deja de hablar de la nieve y responde a la pregunta esencial: ¿qué sientes por mí?

Silenciosamente,

Daniel"

La respuesta tardó menos de una hora en llegar. El correo electrónico llevaba adjunto un archivo de audio. Se trataba de un tema clásico de John Coltrane y Miles Davis: "In a Sentimental Mood".

Desde el ordenador del estudio cliqué sobre el archivo. Poco después empezó a sonar un saxo cálido y envolvente. Bajé la vista al texto del mensaje, donde Desirée contestaba a mi pregunta:

"No puedo decirte lo que siento por ti, porque apenas te conozco. Sólo sé que cada vez que escucho esta canción desearía estar contigo en un iglú."